

EL NEO-MERCANTILISMO

Por JOSE VALENCIA CARDENAS

Después de la Gran Guerra surgió un nuevo mercantilismo. Cada país anheló la auto suficiencia económica. Las necesidades vitales debían aplacarse con bienes producidos dentro del propio país. Una política económica de esta naturaleza requería tiempo para realizarse integralmente. En consecuencia, había que fomentar la balanza comercial y la balanza económica favorables. Renació el mercantilismo, diremos mejor, las prácticas mercantilistas. Pero la inspiración de este mercantilismo era diferente. En los siglos XVI, XVII y XVIII, buscó el mercantilismo el robustecimiento de la monarquía frente a la dispersión anarquizante de los príncipes y señores feudales. La monarquía absoluta necesitaba, para consolidarse, ejércitos mercenarios y burocracia fiel. Su sostenimiento exigía gastos, vale decir, dinero para sufragarlos. El dinero valuarario se acuñaba entonces con metales preciosos. El soberano debía, pues fomentar la explotación de las minas de oro y plata y caso de no haberlas, realidad de Europa, encontrar los medios para que el dinero ingresase al país. La balanza comercial favorable fué, pues, la preocupación máxima de los estadistas. El país debía reducir o eliminar sus importaciones, porque éstas se pagaban con monedas de oro y plata, y favorecer decididamente las exportaciones que implicaban el ingreso de los metales codiciados. Con el mismo propósito se buscaba la importación de materias primas que posibilitasen el establecimiento y la prosperidad de las industrias nacionales.

Medidas encaminadas a la consecución de la balanza comercial favorable fueron las relativas a la organización industrial y comercial del país. Colbert, en Francia, expresábase así en un Memorial: "Quiero entregar a Francia todas las manufacturas cuyos productos

se importan ahora del extranjero". Para tal fin invertía en primas a la exportación y en subvenciones en especie a ciertos industriales más de un millón de libras anualmente. Federico Guillermo I de Prusia reglamentó severa y minuciosamente ciertas industrias textiles y Carlos I de Inglaterra, para fomentar la industria lanera, ordenó que los muertos fueran sepultados vestidos únicamente de lana.

La consolidación del régimen monárquico imponía ejércitos crecientes y escuadras poderosas. Efectivamente, todas las monarquías europeas se apoyaban, económicamente, en las prácticas mercantilistas. La teoría del enriquecimiento de un país mediante la acumulación de metales preciosos, amonedados o amonedables, debía, lógicamente, provocar recelos y odios internacionales. Porque el oro está condicionado geográficamente: hay regiones ricas y regiones pobres en yacimientos auríferos. América había sido ya descubierta y conquistada. Téngase muy presente que el mercantilismo adquirió importancia política a mediados del siglo XV. España, Inglaterra, Holanda, Francia se lanzaron a la aventura colectiva de los horizontes marítimos: había que conquistar nuevos mercados, fijar nuevas rutas, establecer colonias y factorías. Los afanes crisohédonicos debían, pues, enfrentarse rudamente. La expansión colonial enrumbaba a la guerra. Cada imperio dificultaba el comercio internacional, ya con primas y subvenciones a las industrias de exportación, ya mediante densas y elevadas barreras aduaneras.

El industrialismo fomentado por el sistema mercantilista azuzó a la invención humana. Surgió la máquina, rival todopoderosa del utensilio. La fábrica se impuso sobre el taller. La empresa capitalista esbozó su importancia. Cobraron magnitud demótica las urbes y centros industriales. Debilitada la aristocracia feudal, ocupó plano espectador el industrial y el comerciante. Uno y otro proporcionaban dinero al Estado. Recuérdese a la dinastía industrial y comercial encabezada por el tejedor Juan Fugger. En su "Historia de la Economía" destaca Conrad la ascendencia financiera y política de esta familia Fugger. Y el traductor y comentador de ese libro apunta que Antonio Fugger, el más ilustre de la familia, gracias a su influencia cerca de Carlos V, a quien había pagado los 300,000 florines a que se elevaron los gastos de su coronación, obtuvo factorías en Venezuela y franquicias aduaneras en América, iniciando así la política comercial alemana".

El dinero dejó, pues, de ser simple instrumento de cambio. Se convirtió en síntesis de la riqueza, del poderío económico, financiero y político. El capitalismo comercial e industrial tenía, a la larga, que luchar con el absolutismo del Estado. Anhelaba manejar directamente las fuerzas del Estado a fin de enrumbarlas a su creciente poderío. La burguesía alentaba tales afanes, ansiosa también de predominio social y político. Pregonó la libertad jurídica en las relaciones entre el capital y el trabajo, pues siendo aquel económicamente más fuerte impondría a éste tipos de jornada y de salario. La Revolución disolvió, por eso, los restos de las antiguas agrupaciones gremiales.

Y después de la débil reacción fisiocrática, que dejó en la teoría crematística las nociones del orden y de las leyes naturales, formularía el escocés Adan Smith la doctrina brillantemente lógica del liberalismo. Su escuela señaló al Estado fines policiales. Las premisas de orden y de leyes económicas autónomas del orden y de las leyes morales, llevaron a la conclusión de que el Estado no debía intervenir en las relaciones económicas de los individuos y de los pueblos. Exaltó la libertad comercial y, por tanto, la pulverización de las murallas aduaneras.

El mercantilismo fué derrotado por el liberalismo. El capitalismo edificó en él su más sólido edificio. Sus cimientos reposaban ríciamente sobre las grandes urbes y sobre las regiones más ricas del orbe. El imperium del Estado se doblegaba al tentacular capitalismo internacional. Camilo Barcia Trelles, en su drama del petróleo, nos ha descrito la batalla formidable entre la Standard Oil y los poderes públicos de Norte América. Rockefeller, su mentor, ante el ataque del fogoso Theodoro Roosevelt contra el monopolio en general y contra el monopolio petrolífero en especial, ataque reforzado con las actitudes similares del Congreso y del Poder Judicial, inventó el trust que con sus modalidades burló todas las prohibiciones legislativas.

Las reacciones contra el régimen capitalista y contra la escuela clásica inglesa, provocadas por el hambre y la miseria del proletariado mundial, se expresaron en las tendencias comunistas, socialistas y anarquistas, por un lado, y en las severas críticas del liberalismo y del socialismo, por el otro. Ambos representaban análoga concepción hedonista de la vida. Variaban únicamente los medios,

diremos mejor, el manejo de esos medios: propiedad y Estado. En la ideología liberal la propiedad privada con todos los atributos del derecho romano debe ser garantizada por el Estado. En la dramaturgia socialista, toda la propiedad, especialmente la de la tierra y la de los instrumentos de producción debe ser entregada al Estado. Los principales críticos del liberalismo inglés serían Sismondi y sobre todo el combativo Federico Listz. Carlos Marx, el formidable teorizante del socialismo científico, sería ampliado y rectificado por sus discípulos. El autor del Manifiesto comunista y de "El Capital", inspirándose en la filosofía panteista de Hegel (el Estado es "la fuerza absoluta sobre la tierra", la fuerza organizada y sin límites, el derecho supremo), intentó vanamente estructurar un sistema filosófico partiendo de premisas económicas.

Llegamos al siglo XX. El hedonismo ha colocado a la mayor parte de los hombres en dos colosales frentes de batalla: Capital y Trabajo. La clase media representa un sector minoritario que oscila entre uno y otro bando, sector indeciso que capitula fácilmente al mínimo halago de los empresarios y de los banqueros y que, al cerrarse toda expectativa, lleva a los sindicatos obreros la virulencia instruída de su resentimiento. Las concepciones éticas de la economía predicadas por las vigorosas Encíclicas, formuladas por Federico Le Play en su exaltación de la familia y en cierto grado por Listz en su entusiasmo por la nacionalidad y las fuerzas espirituales de la tradición, no lograron enfervorizar a las masas ni pragmatizaron, por lo tanto, en respetables partidos políticos.

El Capitalismo y el Comunismo luchan fieramente. Pero en aquél existen bloques que se miran con recelo. Recuérdese únicamente la guerra, sin cañones propios es verdad, entre los dos grandes trusts del petróleo, entre la Standard Oil y la Royal Dutch-Shell. Por otro lado, una monarquía orgullosa empuja las fuerzas vivas de Alemania al crecimiento del imperialismo económico y político del Reich.

El Capitalismo, en su forma imperialista, ha logrado mediante tenaz propaganda que se vigoricen los ejércitos y las escuadras. Los rozamientos de intereses en los mercados mundiales y la conquista creciente de éstos por la habilidad y flexibilidad mercantil de Alemania, presagiaban una guerra mundial inevitable.

Y estalló el conflicto en 1914. El evangelio generoso de Wilson fué grandemente sofrenado por el odio, por la astucia, y por la miopía de los confeccionadores del Tratado de Versalles. Una vez más el sanchopancismo pudo más que el quijotismo. El Derecho y la Justicia fueron irónicamente vapuleados. Los hombres que trabajan en el campo, en la fábrica, en la oficina, espectaron las tareas promisoras de la Oficina Internacional del Trabajo. Pero como la Sociedad de las Naciones había cometido injusticias en la distribución de las riquezas, de las materias primas y de las posibilidades económicas de la vida, ensanchándolas para unos, especialmente para Inglaterra y Francia, y reduciéndolas para otros, singularmente Alemania, continuó la humanidad que trabaja debatiéndose en la miseria y en la escasez frente, antinomia estúpida, la opulencia de los poseedores del capital y de la abundancia mundial de materias primas y productos. El ritmo capitalista impulsado por el *lucrum in infinitum* siguió engrosando la desocupación forzosa. Y como en Alemania ensombreciesen densamente el porvenir las fantásticas deudas de guerra, pese a las sucesivas reducciones, y la insuficiencia clamorosa del medio de cambio internacional, el oro, este pueblo tenía que entregarse a la promesa de regimenes estructurados por las doctrinas de la violencia interna y externa, del racismo como mística y de la nacionalidad económicamente autónoma como meta. Italia había sido defraudada en el reparto del botín en Versalles y la tensión demótica devino fatalmente en la consolidación de un Estado totalitario e imperialista.

La desconfianza entre las naciones conduce inevitablemente al armamentismo. La confianza sólo podía lograrse con el imperio de la moral y del derecho. Los individuos y las naciones tienen derecho a la vida, derecho al disfrute adecuado de la riqueza, derecho al trabajo. La situación de Alemania no podía, pues, prolongarse indefinidamente. Como el egoísmo no cedió a la razón, debía prepararse a que cediese por la violencia. La guerra moderna no enfrenta exclusivamente a los ejércitos, sino a todas las fuerzas materiales y espirituales de las naciones en lucha. Necesitan ser económicamente fuertes o, con otras palabras, disponer en su territorio de todas las materias primas vitales, de petróleo o de sustitutos, de productos alimenticios y, en general, de cuantos bienes sean indis-

pensables para que el país pueda resistir victoriosamente el cerco económico y militar del enemigo.

Y así como los estadistas del mercantilismo de los siglos XV al XVIII comprendían que la felicidad del país exigía la adquisición de metales preciosos, de dinero metálico, los conductores de la Europa intranquila percibían que la promesa del triunfo en la guerra inevitable imponía la autosuficiencia económica nacional y la práctica de los medios adecuados para este fin, a saber, balanza comercial y económica favorables, proteccionismo a las industrias consideradas económica y bélicamente vitales, conquista de los mercados mundiales, hostilidad por parte de Alemania e Italia al patrón de oro, pues Inglaterra y Estados Unidos, sobre todo este último poseían la casi totalidad de las existencias de oro monetario y de las minas en explotación, y su reemplazo por el trueque internacional entre materia primas y productos elaborados. Resurgía, pues, el mercantilismo, era un neo-mercantilismo. Con esta gran diferencia: que el mercantilismo anheló la felicidad material del país que lo adoptaba, mientras que el neo-mercantilismo tiene por meta la preparación bélica y económica para la guerra considerada como medio de reparar injusticias y de sentar las bases de un nuevo orden social e internacional. El mercantilismo tenía por fin inmediato el dinero, los metales preciosos, considerados como instrumentos de la felicidad individual y nacional; el neo-mercantilismo tiene por fin inmediato la autosuficiencia del país, como premisa necesaria para lanzarse a la guerra contra el país o países que disfruten de riquezas excesivas y, entonces, como consecuencia de la guerra, el establecimiento de un nuevo orden social y político que permita a todos los pueblos civilizados el disfrute equitativo de las riquezas de este planeta.

Y como el Estado moderno es todopoderoso, la preparación bélica ha sido rápida y eficiente y este neo-mercantilismo ha logrado asimismo rápida y eficientemente su objetivo inmediato: la guerra. ¿Realizará también su fin mediato: un nuevo orden social, económico y político?

José VALENCIA CARDENAS.